

«Dar vida es un superpoder mágico»

El cineasta Manuel Martín Cuenca disecciona en SACO su oficio y su última película: 'La hija'

A. VILLACORTA

OVIEDO. Manuel Martín Cuenca (El Ejido, Almería, 1964), sin duda uno de los realizadores más estimulantes y arriesgados del cine español, protagonizó un encuentro con el público asturiano en la Semana del Audiovisual Contemporáneo de Oviedo (SACO), donde el almeriense diseccionó algunas de las claves de su oficio y de su última película: 'La hija'. Un largo inquietante –algo a lo que el también guionista y productor nos tiene acostumbrados– que nos introduce en la vida de un educador de un centro de menores y su mujer, desesperados por ser padres y que acogen a una joven embarazada a cambio de que les entregue al bebé. Hasta que el pacto comienza a desmoronarse para mostrarnos nuestras aristas más oscuras. Porque en el cine de Martín Cuenca –según confesión propia– «hay un intento de explorar el misterio, el suspense». Sin miedo a asumir riesgos y siempre buceando en «asuntos que tratan de reflejar una concepción no complaciente del ser humano. Porque el ser humano es algo maravilloso, capaz de emociones nobles y hermosas, pero también de lo peor. Y, probablemente, somos más despiadados que ninguna otra especie».

«'La hija', en concreto, gira en torno a dar vida. Porque la mujer tiene el poder de la reproducción. Un superpoder, algo mágico. Pero, junto a él, aparece también la frustración, cuando, de repente,

no puedes. Y entonces la reproducción se convierte en un negocio, en explotación. Un asunto capital en esta sociedad en la que queremos dominar a la naturaleza. Por eso existen los vientes de alquiler».

El conflicto está servido de la mano de la espléndida Patricia López Arnaiz y del asturiano Javier Gutiérrez, con el que repite tras el éxito de 'El autor': «Es un grandísimo actor, sin lugar a dudas. Y una grandísima persona. Compartimos una manera de entender el trabajo, la interpretación, la aventura, el juego... Somos muy cómplices».

Una complicidad que no descarta reeditar. Como tampoco descarta rodar algún día en Asturias, donde tiene «grandes amigos». Pero, de momento, Martín Cuenca anda por tierras de Cádiz, donde localizará 'El amor de Andrea', una cinta mucho más luminosa que las anteriores: «En ella hay algo dramático, pero el tono y el ambiente son más ligeros. Estoy tratando de abordar las cosas desde otro lugar, quizá porque me hago mayor y hay que evolucionar. Creo que la etapa de mis películas más duras ha pasado».

Algo en lo que quizá haya tenido que ver la pandemia: «De hecho, estaba escribiendo un guion sobre el acoso a una mujer que la había llevado al suicidio, basado en una historia terrible que ocurrió. Y pensé: 'No puedo. No es el momento'. Y quizá también el cambio de era que atisbamos: «Estábamos en una era humanista y ahora estamos en el umbral de una era dataísta». Y eso a Martín Cuenca le «da pena», porque «no somos ordenadores. No somos nada que ver con un algoritmo. Conozco a muy pocos se-



Manuel Martín Cuenca y Miguel Rojo, responsable de la sección de Cultura de EL COMERCIO, ayer en el Filarmónica. JOSÉ VALLINA



Los tres protagonistas de 'La hija'. E. C.

res humanos así. Y, en el fondo, son más irracionales que los otros». Un mundo virtual donde «el conocimiento y la experiencia pierden importancia. Y, ahí,

res humanos así. Y, en el fondo, son más irracionales que los otros». Un mundo virtual donde «el conocimiento y la experiencia pierden importancia. Y, ahí,

«Estamos en el umbral de una era. Carpe diem. Disfruta y abraza a la primera persona que veas a la que le tengas afecto»

el cine es un damnificado más. Porque el hecho de ir al cine inscribe a la película en otro lugar. No solo porque se ve en una pantalla grande, con más gente, sino porque, además, significa elegir qué haces esa tarde. Como ir al teatro o a un concierto, como hacer un viaje, como enamorarte, como dar un beso...». Así que su consejo no puede ser más pragmático: «Aprovecha todo lo que puedas. Carpe diem. Disfruta. Abraza a la primera persona que veas a la que le tengas afecto».

Altas suciedades entre rimas, risas y bailes

El Palacio Valdés aplaudió a Pedro Casablanc y Maru Valdivielso, que de la mano de Berkoff y Benjamín Prado retratan los vicios de la alta sociedad en 'Decadencia'

M. F. ANTUÑA

AVILÉS. Hablamos de 'Decadencia'. De decadencia moral servida en medio de una gran belleza formal. De sociología de un mundo en el que unos mandan y otros no, en los que la clase alta mira

por encima del hombro, desde la soberbia, el odio al otro, el racismo. De eso va la obra de Steven Berkoff, estrenada en Londres en 1981 y centrada en criticar a esa alta sociedad británica que vive en otro planeta. Pues bien, en esta versión que ahora ve la luz protagonizada por Pedro Casablanc y Maru Valdivielso mantiene esa esencia pero se distancia de Gran Bretaña para hacer lo narrado más universal y adopta un tono más lírico, gracias al trabajo –pura orfebrería, pura delicia repleta de rimas– del poeta Benjamín Prado, que se ha encargado de adaptar el texto que anoche se estre-



Maru Valdivielso y Pedro Casablanc, en el escenario avilesino. MARIETA

nó en el Palacio Valdés de Avilés.

Hay un cierto desconcierto al inicio de una obra que es muy loca, ácida, irreverente, incorrecta, sexual, escatológica y sorprendente. Es feroz y locuaz en lo que

dicen los cuatro personajes que van entrando y saliendo en los cuerpos de nuestros dos actores sin más transición que su propio afán y oficio y ligeros cambios de vestuario, que coreografían sus

movimientos, que bailan de principio a fin en un devenir verbal de ritmo endiablado que busca y encuentra la risa del público. Es muy complejo el trabajo interpretativo que ambos ejecutan con la maestría de años y años de tablas, de saber hacer y querer arriesgar. No podría afrontar estos roles cualquiera y seguramente no todos asumirían el reto de componer una propuesta tan compleja, que remueve al espectador en el asiento evitando siempre el adormecimiento. Toda la seriedad se disfraza de comedia, de farsa. Hay violencia en las palabras que acaban conduciendo a la risa, quizá por la propia caricatura que se presenta en escena con ese retrato exagerado, brutal y cruel de la sociedad, con esa fealdad moral a la que nos conduce. El público premiado con una larguísima ovación el esfuerzo de los actores.